

Historiografía reciente sobre el carlismo: ¿el retorno de la argumentación política?

Eduardo González Calleja

Instituto de Historia
Centro de Humanidades
(CSIC)

A lo largo de estos últimos treinta años, los estudios sobre el carlismo han tratado de responder de forma recurrente a un puñado de cuestiones esenciales: su caracterización social, el alcance de su compromiso reivindicativo como ellegitimismo dinástico y la preservación de los fueros, su pretendida vinculación y continuidad con otros movimientos políticos contrarrevolucionarios, las razones de su sorprendente pervivencia más allá de la plena consolidación del proceso revolucionario liberal, y las causas de su no menos espectacular declive tras la última Guerra Civil. Como es bien sabido, en los años setenta y ochenta la renovación historiográfica sobre la cuestión vino de la mallo de una relegación de los factores jurídico-políticos, de una relativización de la vertiente ideológica y de una revalorización del componente de protesta socioeconómica del movimiento carlista (Pérez Ledesma, 1996, p. 134). Sin embargo, la crítica a alguna de las hipótesis fundamentales desarrolladas en esa época (por ejemplo, el papel no necesariamente reaccionario y dependiente del campesinado en un proceso revolucionario liberal que en la actualidad no tiende a considerarse como «fracasado» o excesivamente pacato), y la aparición a fines de los ochenta de una historiografía neotradicionalista con escaso calado interpretativo, pero con marcada voluntad polémica, recondujeron el debate en dos direcciones. Por un lado, hacia un análisis de los procesos de movilización colectiva que tuviera en consideración tanto las causas «estructurales» de la militancia carlista como un vasto elenco de motivaciones de carácter individual (*vid.*, por ejemplo, Anguera, 1995, pp. 329-423). Por otro, hacia la reivindicación de la centralidad de un tipo de análisis político

renovado que, contemplando en la larga duración los diversos choques que protagonizaron en Europa el liberalismo y la contrarrevolución, pudiera explicar con mayor riqueza de enfoques (introduciendo, por ejemplo, análisis de antropología y sociología de la cultura) la coherencia histórica del movimiento carlista y su inusual prolongación en el tiempo.

A pesar de su alcance sectorial, las recientes monografías de José Ramón Urquijo, Manuel Santirso y Pedro Rújula nos ofrecen tres buenos ejemplos de esta voluntad por «llOrmalizar» la protesta carlista, integrándola en el seno de fenómenos políticos generales de un alcance histórico más vasto, como es la pugna establecida en Europa entre la contrarrevolución y el proceso revolucionario liberal. En su bien documentado estudio sobre las relaciones entre España y Nápoles durante la Primera Guerra Civil, Urquijo rechaza que el carlismo fuese un simple movimiento de protesta campesina, y reivindica su carácter político y su capacidad para construir una estructura burocrático-administrativa bastante compleja. Demuestra que la guerra no fue sólo un pleito interno, sino un episodio más en las tensiones ideológicas y estratégicas entre las potencias revisionistas del mapa político dibujado en Viena (Francia e Inglaterra) y las potencias antiliberales (Austria, Prusia, Rusia), que emplearon a terceros países, como fue el caso de Nápoles, en el papel de ejecutores de sus iniciativas diplomáticas. La conclusión fundamental que se extrae del trabajo de Unluijo es que el fracaso diplomático carlista se debe menos a la ineptitud de sus representantes que a la tibieza mostrada por las Cancillerías más proclives a su causa. Desentendimiento que se debió sobre todo a la incapacidad exhibida por el pretendiente para obtener una victoria militar decisiva.

Aunque también incorpora abundantes aspectos del contexto internacional, la obra de Santirso se centra en analizar el carlismo en función de las etapas —no siempre en sintonía con el resto del Estado— de la revolución burguesa en Cataluña. En abierta disonancia con las tesis «pesimistas» expuestas entre otros por Fontana, este autor destaca que la transición del feudalismo al capitalismo no resultó un fracaso, ya que la oligarquización del poder, la desaparición de un agente económico poderoso como la Iglesia, el rearme ideológico de las clases populares y el descubrimiento por los militares de su papel de salvaguardia social y política fueron indicios del éxito del proceso revolucionario liberal, que, además, propició un grado de representatividad muy superior a la media del continente y permitió a amplios sectores de la burguesía media rural y del pequeño campesinado el acceso a la propiedad y

la liberación de las cargas feudales. De modo que, por estos y otros motivos, *«el pueblo menudito urbano, la mayor parte de los campesinos y los jornaleros de la ciudad y el campo rechazaron la contrarrevolución carlista o, al menos, aceptaron el régimen liberal como mal menor»* (Santirso, 1999, p. 382).

Las razones que se aducen para la aparición del carlismo catalán son, por lo general, externas a la dinámica socioeconómica de la región. En primer lugar, las tensiones geopolíticas vinculadas a la crisis de la Restauración habrían derivado en diversos modos de ruptura del *statu quo*: reformismo parlamentario en Inglaterra, revolución en Francia, guerra por la Independencia en Bélgica y guerra civil en Portugal y España (Santirso, 1999, p. 373). Por otro lado, la tortuosa evolución política de la Monarquía Española, y en concreto las torpezas del gobierno Zea a la hora de atajar la insurrección vasconavarra, propiciaron la aparición de un teatro de guerra en la zona catalana, que Santirso contempla virtualmente como una invasión foránea desde la frontera pirenaica, Navarra y el Maestrazgo. De modo que entre 1833 y 1834 no habría habido revuelta carlista en el Principado, sino apenas algunos chispazos aislados, lo que rebate el lugar común de una Cataluña interior carlista (Santirso, 1999, p. 80). Con estas premisas, no es sorprendente que el autor ponga seriamente en duda la misma existencia de una base popular para un carlismo que se organizó tardíamente en la región (junio de 1836), y que se desmoronó tres años y medio más tarde con la eliminación de conde de España por la Junta de Berga. El carlismo no habría surgido en las zonas más empobrecidas por la transición a un sistema capitalista pleno, sino que su geografía, enormemente volátil y dinámica, habría dependido estrechamente del curso del conflicto. En opinión de Santirso, el número de carlistas (que no debe ser confundido con el de combatientes) aumentaba o disminuía al ritmo de las victorias y de las derrotas, y en función de motivaciones de orden individual, como la resistencia a la conscripción, el afán de lucro y de aventura o la aspiración a un rápido ascenso social. El autor concluye que *«el primer carlismo catalán no va a ser un movimiento de amplia base sin un liderazgo identificable, sin una sección de la red contrarrevolucionaria general ---española y europea-, que en ocasiones va a considerar oportuno convertir Cataluña en terreno de guerra. Cuando sea el caso, la contrarrevolución internacional y local —esta última con la participación de una parte de la nobleza del país y la mayoría del orden eclesiástico— pondrá a disposición de los guerrilleros*

carlistas unos contactos políticos y unos recursos materiales desproporcionados con la reducida popularidad de su causa» (Santirso, 1999, p. 81). A pesar de esta brillante argumentación, el autor debiera explicar la recurrencia de la protesta realista en el Principado (de los *malcontents* a los *matiners*), aclarar de dónde proceden esos 6.000 carlistas catalanes que tomaron la senda del exilio tras la guerra (Santirso, 1999, p. 366), aceptar al menos la existencia de un carlismo pasivo o no declarado, o justificar por qué un movimiento pretendidamente de aluvión, surgido y derrumbado en la vorágine de la Guerra Civil, logró pervivir con inusitada fuerza en Cataluña hasta bien entrado el siglo xx.

Aunque se proponga priorizar el estudio de las estructuras sociales y económicas frente a los argumentos políticos explicativos a corto plazo (Rújula, 1998, p. 4(1), Rújula aborda el estudio del carlismo, no ya como un fenómeno aislado o excepcional, sino como una fase -**1a** más aguda, si se quiere- de un proceso global de alcance europeo y de mayor calado histórico: la contrarrevolución o reacción, que el autor caracteriza en detalle como un fenómeno social, político e ideológico plural e incluso contradictorio, cuyo devenir histórico fue resultado y acicate de la revolución liberal, la cual se presentó en España como el único medio para acabar con la Guerra Civil desencadenada por la mutua incapacidad de los realistas y de los partidarios de Isabel II para imponer sus respectivos principios político-dinásticos (Rújula, 1998, p. 435).

Para el estudio de las bases sociales de la contrarrevolución en Aragón entre 1820 y 1840, Rújula comienza por adentrarse en el análisis de la crisis de la economía agraria aragonesa a fines del XVIII e inicios del XIX, coincidente con las dificultades del liberalismo para difundirse e imponerse en el medio rural. Los siguientes capítulos estudian la articulación del fenómeno de rebeldía contrarrevolucionaria, sus vías de desarrollo, sus apoyos sociales y su desembocadura en la Guerra Civil Carlista. En opinión del autor, los apoyos sociales al carlismo aragonés fueron eminentemente civiles, en el doble sentido de no militar y popular (Rújula, 1998, pp. 377 y 386-387), aunque difieren enormemente entre la zona del Ebro y el Norte, donde la existencia de señoríos fuertes desembocó en un movimiento antiseñorial que inclinó al campesinado hacia la causa liberal, y el Bajo Aragón, donde la desamortización de propiedades comunales y de órdenes militares empeoró progresivamente las condiciones de vida de los jornaleros. En este punto, la tesis fundamental desarrollada por Rújula está mucho más cerca

de la que en su día defendió Fontana: la contrarrevolución, heredada del pensamiento antiilustrado de fines del siglo XVIII y que se convirtió en alternativa política durante el reinado de Fernando VII, se «apropió» de la querrela dinástica y del descontento campesino para sus propios fines. Sin responder a una misma raíz, la rebeldía campesina y el absolutismo acabaron por aglutinarse en forma de realismo insurreccional, configurando de este modo un poderoso movimiento contrarrevolucionario (Rújula, 1998, p. 433).

El autor trata de demostrar la existencia de un entramado institucional contrarrevolucionario (formado por oficiales ilimitados y realistas, militares depurados, clérigos, miembros de la administración) procedente del Trienio, y que, cristalizado en la «Década Ominosa», permitió la pervivencia de un realismo radical, proporcionando a los campesinos una infraestructura básica de mandos para abordar un levantamiento sistematizado y duradero contra el poder del Estado. Para tratar de soslayar la tesis, desplegada entre otros por Jesús Millán, de la supeditación absoluta de la resistencia popular a la dirección oligárquica, Rújula interpone un instrumento militarmente organizado que habría hecho de correa de transmisión entre los intereses de la oligarquía conspirativa apostólica y la base social: el cuerpo de Voluntarios Realistas (Rújula, 1998, pp. 172-175), que dio al movimiento carlista esa impronta interclasista tan característica en otros movimientos contrarrevolucionarios, como la Vendée. Y ello a pesar de su evidente jerarquización y de unas relaciones internas de poder establecidas nítidamente en términos de clase: los ofertadores de trabajo (propietarios, grandes labradores, clérigos) sobre los demandantes (jornaleros, pastores, artesanos), típicos integrantes de las tradicionales revueltas campesinas prepolíticas (Rújula, 1998, pp. 399 y 458). Pero la concertación de esta peculiar alianza antiliberal nos sigue sin explicar los beneficios que el campesinado en crisis sacó de su militancia en la causa del pretendiente. De hecho, Rújula reconoce que no se puede demostrar una relación directa entre la protesta campesina y los movimientos so(-)ciales contrarrevolucionarios (Rújula, 1998, p. 173). Y argumenta que no fue una firme convicción ideológica lo que movió a la población a incorporarse a la insurrección, sino «lógicas menores» autónomas y personales de carácter esencialmente económico, como el ingreso estacional en las partidas como complemento de los ingresos familiares sin arriesgarse al abandono definitivo del entorno cotidiano.

Más allá de las motivaciones estructurales o individuales que disculpan el levantamiento en favor del pretendiente, queda por explicar

la obstinada fidelidad a *la Causa* que exhibieron importantes sectores populares de los territorios de tradicional implantación carlista, una vez desapareció la mayor parte de los argumentos sociales, políticos y económicos que habían justificado la movilización antiliberal de inicios del siglo XIX. En los últimos años se han propuesto factores de muy otra naturaleza para explicar la pervivencia en el tiempo de este tipo de lealtades básicas. Se ha destacado sobre todo la exitosa conversión del carlismo desde un movimiento de protesta multiforme en un auténtico partido político, cuya estructura organizativa supo construir, transmitir y reproducir una subcultura específica, nutrida de valores, creencias, rituales, simbologías y mitos tradicionalistas, estrechamente vinculados a estructuras de vida comunitaria. Y es que, como advierte Francisco Javier Caspistegui, «*lo político en el carlismo es sólo un elemento, y probablemente ni siquiera el más importante*» (Caspistegui, 1997, p. XXI). Además de la ideología oficial, fueron los vehículos de transmisión familiar y local de la tradición carlista (círculos, asociaciones, clubes, peñas, agrupaciones lúdicas y deportivas, cuadrillas y grupos de amigos, etc.) los elementos que configuraron la conciencia carlista hasta en los mínimos detalles, creando una mitología y una simbología que resultan fundamentales para comprender la pervivencia del carlismo como opción política.

En su reedición de algunos opúsculos carlistas divulgados durante el Sexenio, Vicente Garmendia destaca el importante desarrollo que tuvo de la propaganda ideológica a través de folletos hiperbólicos y catastrofistas tirados a veces a decenas de miles como arma política, pero sobre todo hace hincapié en la eficacia de una «propaganda del sentimiento» formada de almanaques, retratos o cancioncillas, y dirigida a la gente sencilla. En su trabajo sobre el carlismo catalán en la primera etapa de la Restauración, Jordi Canal revisa de forma convincente las diversas facetas (la formación social de la ideología, la revisión del discurso doctrinal, el peso de la tradición y las mentalidades en las actitudes y cultura políticas de las diversas generaciones de militantes, los medios de difusión y los ámbitos de sociabilidad) de un proceso de modernización partidaria (en el doble sentido de renovación de táctica y organizativa) que puede calificarse sin ambages como uno de los más logrados de la España del último cuarto del siglo XIX. La presencia en su seno de diversos grupos de extracción popular (jornaleros, artesanos, obreros o pequeños comerciantes) junto a una dirección predominantemente aristocrática acercaba al carlismo al modelo de partido

de integración social, esto es, con infraestructura estable, capacidad de movilización, contenido programático amplio y capaz de articular intereses y reivindicaciones complejas de amplios sectores sociales. Canal muestra que este renacimiento del carlismo se logró gracias a la conjunción de varias circunstancias: el mayor realismo político de la élite dirigente, que apostó por la normalización de su actuación pública desde 1890, la eficacia de la prensa y la propaganda, y el impulso organizativo con el desarrollo de los canales de sociabilidad, especialmente las juntas (donde destaca su función encuadradora y electoral) y los círculos (donde subraya el carácter familiar y su función forjadora de la subcultura política carlista donde se combinaba la acción política, social, religiosa y moral), y la intensificación de sus marcos de movilización: las reuniones, los *aplecs*, los viajes de propaganda, las excursiones, los «lugares de la memoria» (Lácar, Montejurra o la mitificación del Palacio de Loredán como meca del carlismo) o las conmemoraciones de hechos gloriosos (centenarios de la conversión de Recaredo y de la Revolución francesa, festividad de los mártires de la Tradición, victorias militares, etc.) que aglutinaban al colectivo tradicionalista en una vasta comunión de ideas y valores. Tan variados ámbitos y actividades se vinculan a la elaboración progresiva de todo un imaginario carlista que, como bien destaca Canal, no se reduce sólo al cancionero o a la riquísima iconografía con función propagandística cuajada de margaritas, flores de lis, boinas o cruces de Borgoña. Se trata de algo mucho más profundo: es toda una concepción de la vida marcada por la reinención de una tradición histórica y la figura del rey-padre que se transmuta a fin de siglo en «rey de los obreros». Un paternalismo que se aplica sistemáticamente a la vida interna del partido y a su actividad proselitista.

Pero todos estos logros no deben hacernos pensar en el carlismo finisecular como paradigma incontestado de modernidad política. En el mejor de los casos fue una modernización parcial. El carlismo fracasó en su intento de *aggiornamento* ideológico, al menos hasta las aportaciones doctrinales de Mella, y no se alejó del todo del modelo de partido de notables descrito por Duverger. Sus órganos de sociabilidad eran populares, pero no democráticos. La jerarquía piramidal campaba por doquier, y en el vértice del partido permanecía el tradicional «círculo interior» de notables, donde figuraban aristócratas como Solferino, Cerralho, Melgar o Valdespina. Así pues, y a pesar de las disputas ideológico-personalistas de los años ochenta, el tipo de liderazgo tra-

dicional (en el sentido que da Weber al término) no cambió y la circulación de élites se hizo con la suficiente dificultad para hablar más de conflicto generacional (Canal, 1998, p. 223) que de relevo generacional. En suma, una modernización con claroscuros, centrada en los aspectos propagandísticos y organizativos, que serán precisamente los más afectados por la crisis posterior al levantamiento fallido de octubre de 1900.

La última obra de Canal supone la consagración de este sesgo interpretativo eminentemente político, que define el carlismo como un movimiento legitimista de carácter antiliberal y contrarrevolucionario, que mantuvo a lo largo de los años un proyecto social y una ideología específicos y perfectamente caracterizables. La obra tiene una indudable carga polémica, que se hace bien explícita en la crítica a ciertos planteamientos teóricos (especialmente los de la publicística neotradicionalista) que se analizan en el último capítulo dedicado a la historiografía. Pero esta voluntad de revisión impregna hasta la propia estructura de la obra, distribuida en tramos cronológicos (1820-1840, 1876-1919, 1919-1939 y 1939-1999) vinculados estrechamente con la evolución de la vida política española, no con la tradicional (y artificiosa) sucesión de pretendientes que resultaba privativa de buena parte de las obras referenciales (y reverenciales) elaboradas por autores cercanos al carlismo.

Contra el «providencialismo» campante entre los historiadores tradicionalistas a la hora de justificar la inusitada pervivencia del fenómeno carlista, Canal aporta una interesante hipótesis explicativa, centrada en la confluencia de cuatro factores: en primer lugar, la *adaptabilidad política*, que permitió al carlismo concertar alianzas muy diversas durante los períodos de movilización bélica (desde su concertación tácita con la rebeldía campesina en la Primera Guerra Civil a su más formalizado pacto con los militares facciosos para la rebelión de julio de 1936), y mantener en los períodos de tregua un cierto posibilismo e incluso ensayar una estrategia de acomodación al sistema político, al tiempo que perfeccionaba los recursos de actuación (propaganda, ámbitos de sociabilidad, incluso medios de lucha callejera) susceptibles de ser tolerados por el régimen establecido en cada momento. En segundo término, una *inconcreción o vaguedad programática* oculta tras la pretendida firmeza de unos principios doctrinales (Dios, Patria y, sobre todo, Rey) que eran entendidos por sus bases como elementos emocionales y míticos antes que como fundamentos ideológicos sujetos a

una evaluación racional. En tercera instancia figura la innegable *adhesión popular* de que gozó «la Causa» en muchos momentos de su historia. Como movimiento contrarrevolucionario de masas, no necesariamente ancladas en estructuras premodernas, el carlismo tuvo arraigo en las regiones más afectadas por la conflictiva implantación de las transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales anejas al proceso revolucionario liberal. Pero por encima de esas consideraciones de carácter «estructural», Canal destaca el carácter amalgamático del carlismo: un movimiento de amplio espectro que es capaz de captar, articular y dar sentido a una variada gama de descontentos (temor por el orden social subvertido por la revolución, reivindicación de los privilegios forales perdidos, reacción contra el empobrecimiento económico, respuesta a la disolución de las formas de vida tradicional, defensa de la religión y de la monarquía amenazadas...), con intereses dispersos y motivaciones múltiples. En suma, el primer partido *catch-all* de nuestra historia, cuyo «núcleo duro» legitimista y tradicionalista atrajo en 1868, 1923 o 1931-1936 a otros sectores políticos y sociales movilizados en un común anhelo contrarrevolucionario. Pero en otras circunstancias, sin duda más adversas (cambio de estrategia política ante un régimen sólidamente establecido, debilidad del liderazgo dinástico, etc.) esta mezcla de tendencias encontradas resultó funesta, ya que amenazaron el frágil consenso interno y desembocaron en querellas sectarias, como las sucesivas defecciones de cabreristas, pidalistas, integristas y mellistas durante la Restauración, o las luchas intestinas entre javieristas, tradicionalistas, carlooctavistas y «estorilos» durante el franquismo. No hay que esforzarse mucho en la reflexión que suscita este libro para concluir que el carlismo siempre ha prosperado en los momentos de crisis del sistema liberal-parlamentario (en 1868-1872 como en 1931-1936), y declinado en los períodos contrarrevolucionarios (moderantismo, canovismo, franquismo) que en teoría debieran haber proporcionado una estructura de oportunidades más propicia para su supervivencia.

Por último, Canal destaca la contrastada *capacidad de reproducción social* del mensaje carlista gracias a la inculcación de sentimientos, valores y experiencias compartidas por medio de la difusión de mitos, símbolos, rituales, lealtades o enemistades. Aquí es donde Canal, centrándose sobre todo en el período de la Restauración y de la República, nos ofrece alguna de las páginas más atractivas y renovadoras, al diseccionar con maestría los componentes esenciales de la cultura política

carlista: la «construcción» de personajes legendarios (se hace un estudio detallado del significado de figuras como don Carlos, Zumalacárregui, Cabrera, el cura Santa Cruz, Savalls, Fal Conde o Carlos Hugo); la autorrepresentación del carlismo como una microsociedad familiar donde las mujeres (Canal, 2000, pp. 189-190 Y 296-298) o los círculos (pp. 238-242) desempeñan un papel destacado en la perpetuación del *Ideal*; la función política de los *aplecs* y las romerías (pp. 260-262) o el potencial movilizador de la juventud que implicaba las actividades del Requeté (pp. 265-267).

Como debía esperarse del primer estudio global escrito «desde fuera» de movimiento carlista (Canal, 2000, p. 26), el libro de Jordi Canal mantiene un alto nivel de exigencia académica, además de una ponderación en el análisis de cada una de las etapas (por vez primera se otorga un espacio similar a la trayectoria «clásica» del carlismo y a períodos poco o nada tratados con anterioridad, como la Restauración, el franquismo y la transición) que supera con creces las síntesis que nos han proporcionado por espacio de medio siglo las diversas tendencias carlistas, desde Ferrer y Oyarzun hasta Alférez o Clemente.

A pesar de ser un argumento de solidez incontestable, la temporal reactivación del carlismo por vía del reforzamiento de la organización y del fomento de su cultura política militante no resulta suficiente para explicar su pervivencia en el tiempo como partido «movimentista». De nuevo los factores exógenos de orden político reclaman su entrada en escena, y muchos autores reconocen que, al igual que en el Sexenio, el peculiar contexto de la Segunda República (con la descomposición de los partidos monárquicos de raigamhre liberal, o la reacción de los sectores clericales ante la política laicizadora del primer bienio) actuó como reconstituyente de una organización que se encontraba en franco declive desde la época de don Jaime.

Con todo, cuando Javier Ugarte se propuso explicar la gran paradoja del levantamiento armado en el País vasconavarro en julio de 1936 (esto es, una movilización masiva en regiones donde las desigualdades sociales y la conflictividad política no eran más agudas que en el resto de España), pudo constatar que la causalidad económica no era determinante, y que ante la insuficiencia de la explicación genético-política era preciso indagar en los fundamentos socioculturales de esa movilización popular contra la República. Se trataba de reconstruir el modo en que esas gentes comprendían su universo y lo construían, y cuáles eran sus comportamientos y formas de relación social (Ugarte, 1998,

p. 37). Para alcanzar tal objetivo, Ugarte articuló su argumentación en tres niveles. En primer lugar, el estudio pormenorizado de la red social de la localidad alavesa de Salinillas, que permitió constatar que las luchas por el poder y el *status* se medían por el rasero de la opinión socialmente generada, no de la propiedad material. La conclusión de que la fortaleza de los lazos comunitarios, proyectados en estrategias familiares o de bandos, y la intensa actuación de los poderes de mediación e influencia (por ejemplo, las presiones sociales para el alistamiento voluntario) explican el alto nivel de movilización producido en julio de 1936 en el País Vasco y Navarra (Ugarte, 1998, p. 102), desmiente de plano la mayor disponibilidad activista de individuos aislados y alienados según la añeja y hoy virtualmente abandonada teoría de la sociedad de masas. Por contra, la posibilidad de que la comunidad imponga incentivos personales de carácter negativo a sus componentes menos decididos a intervenir en la lucha proporcionan un nuevo argumento a los defensores de las tesis olsonianas basadas en la figura del *free rider*.

En segundo término, Ugarte centra el estudio de la guerra en el cambio de prácticas culturales en el tránsito hacia la modernidad. El autor señala que en la ciudad provinciana, como ente articulador de lo local-tradicional y lo nacional-moderno, se fue recreando el universo simbólico-ideológico de la cohesión de masas propia de la baja contemporaneidad, mediante la elaboración de una liturgia nacional-popular que actuaría como soporte del nuevo régimen, de modo similar a los fenómenos de «nacionalización de masas» producidos en otras latitudes. Esta exaltación de lo provinciano en la literatura, en las artes plásticas y en la cultura de masas (Ugarte, 1998, pp. 315-339) sirvió de «munición» retórica para los diversos programas de acción política belicosa. Dentro de esta confrontación simbólica de la ciudad y la aldea como imaginarios inconciliables resulta especialmente interesante el estudio sobre la pugna dialéctica que se libra entre el imaginario de un Madrid provinciano y mortecino y un provincialismo vital y dinámico, cuya autoimagen se había fortalecido gracias a la difusión de la cultura del casticismo (entendida como visión estamentalista y localista de recuperación de los valores tradicionales y de la grandeza de España) enfrentada al modernismo extranjerizante y al populacherismo anticastizo.

El tercer aspecto es el más polémico de la obra de Ugarte. Su intento de demostrar la «normalidad» del proceso de reacción que afecta a la derecha española en 1936 enmarcándolo como un episodio más

de los asaltos al Estado liberal lanzados en diversos países europeos por coaliciones antidemocráticas constituidas por sectores del viejo orden aristocratizante y por partidos «movimentistas» o partidos-milicia, tiende a minusvalorar el papel rector del Ejército, y asigna al carlismo el dudoso *ml* de gran partido nacionalista y movilizador de masas, a la altura del PNF o el NSDAP. Aunque entiende el fascismo como un concepto histórico bien caracterizado (Ugarte, 1998, p. 43), esa línea argumentativa le conduce a categorizar todo tipo de manifestaciones antiliberales y ultranacionalistas de masas (desde el carlismo a las *Heimwehren* austríacas o los *Cmix de Feu* del coronel La Rocque) como fascismos (Ugarte, 1998, p. 430). Caracterizar con estos argumentos al carlismo como una variedad nacional de fascismo supone anteponer los síntomas que muestra su actuación política en este momento preciso de su secular historia (con especial énfasis en la movilización intensiva de la militancia en aspectos como la paramilitarización) a su ideología y a su propia tradición cultural.

No es difícil constatar que, con la dictadura de Franco, la estructura de oportunidades se tornó mucho menos favorable para un movimiento cuyos recursos retóricos y de movilización habían quedado muy mermados precisamente por su carácter de vencedor subordinado en el conflicto civil. De hecho, la historia del carlismo confirma una y otra vez la absoluta necesidad de una permanente oposición al régimen liberal como garantía de su propia supervivencia. En el libro de Aurora Villanueva (en esencia, una crónica pormenorizada de las tensiones entre Fal Conde y el principal foco carlista a escala nacional) se muestra que la unificación forzada en abril de 1937 hizo desaparecer la estructura jerárquica y las organizaciones integrantes del partido en la preguerra, quedando el Regente y su Jefe Delegado como únicas instancias de autoridad, legitimidad y unidad. La peculiar vinculación del carlismo con el régimen de Franco generó lealtades dobles o contradictorias (colaboracionistas *versus* leales, que adoptaron diversas actitudes de oposición dentro del régimen), que resquebrajaron la unidad sentimental y disciplinar del movimiento (Villanueva, 1998, p. 532). En esa tesitura, se demostró una vez más que, en épocas donde el carlismo no debía afrontar un peligro inminente, la organización partidista jerárquica y centralizada entraba en crisis, con la consiguiente devertebración territorial y la pérdida de contacto con las bases. Pero Villanueva constata que, en Navarra, la descomposición orgánica y la pérdida de poder institucional fue menor en el ámbito local y provincial, donde la identidad

colectiva se mantenía fuerte, y donde dirigentes naturales, cuya preeminencia se basaba más en una influencia social o económica y en un ascendiente o prestigio personal (los conocidos «vínculos políticos y de afecto») que en una carrera política bien regulada, actuaban de intermediarios entre las poco politizadas bases (muy fieles, sin embargo, a los símbolos básicos del carlismo) y las élites políticas regionales, personificadas en la sempiterna figura del conde de Rodezno (Villanueva, 1998, p. 513).

Villanueva reconoce que, además de los problemas políticos de orden externo e interno, el declive del carlismo navarro también está vinculado a procesos como la desruralización o la pérdida de influencia social de la Iglesia, difíciles de conciliar con un sistema tradicionalista (Villanueva, 1998, p. 13). Por su parte, Caspistegui estudia el declive del carlismo bajo las claves de un típico caso de circulación de élites y de un proceso de renovación de ideas y actitudes que conllevó su «normalización» ideológica y organizativa respecto de otros grupos de la oposición antifranquista. Dicha evolución en sentido radical, que rompió con la inercia de la «política del recuerdo» y alteró la «larga siesta carlista» tras la guerra, acarreó una serie de defecciones de marcada impronta ideológica, en torno a la lucha entre el «tiempo largo» del tradicionalismo como doctrina permanente y el «tiempo corto» del carlismo como partido sometido a un profundo proceso de renovación (Caspistegui, 1997, p. 353). Quizás uno de los pasajes más ilustrativos de la evolución y crisis del postrer carlismo socialista autogestionario sea el análisis de los discursos y de los enfrentamientos fraccionales producidos en las dieciséis jornadas de Montejurra celebradas desde 1962 a 1977 (Caspistegui, 1997, pp. 283-251). A la luz de esa reciente experiencia, Caspistegui observa que la interiorización de los principios tradicionalistas o de las frecuentes polémicas políticas no era tan completa en la base, cuya lealtad a *la Causa* estaba marcada por adhesiones elementales (catolicismo, monarquía legítima) y por la coyuntura política de cada momento histórico (protección de la religión, opción insurreccional, movilización electoral, etc.).

Aunque el grueso del debate sobre el carlismo sigue girando en torno a la validez de las hipótesis formuladas hace veinte años, la aparición de algunas investigaciones renovadoras sobre las etapas más recientes de su historia han propiciado la aparición de un tipo de enfoque más plural, que trata de articular los condicionantes socioeconómicos y la inevitable observación política coyuntural con factores de larga

duración, como los elementos que intervienen en la construcción y la pervivencia de una identidad colectiva, entre los que la cultura política juega un papel esencial. La apuesta por la complejidad analítica parece el único camino para reconstruir el fenómeno carlista -atípico por múltiples razones, a pesar de todo- en toda la riqueza de sus manifestaciones a través del tiempo.

Bibliografía

- ANGUERA, Pere: *Déu, Rei i Fam. El primer carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, ISBN: 84-7826-618-6, 594 pp.
- CANAL I MORELL, Jm"di: *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Vic, Eumo Editorial, 1998, ISBN: 84-7602-243-3, 315 pp.
- El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000, ISBN: 84-206-3947-8, 497 pp.
- CASPISTEGUI GORASURRETA, Francisco Javier: *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo, 1962-1977*, Pamplona, EUNSA, 1997, ISBN: 84-313-1564-4, 416 pp.
- GARMENDIA, Vicente (ed.): *laungoicoa eta Foruak. El carlismo vasconavarro frente a la democracia española (1868-1872). Algunos folletos carlistas de la época*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1999, ISBN: 84-8373-125-8, 280 pp.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Una lealtad de otros siglos (En torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social*, núm. 24, 1996, pp. 133-149.
- RÚJULA, Pedro: *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Prólogo de Josep FONTANA, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998, ISBN: 84-7733-495-1, 516 pp.
- SANTIRSO, Manuel: *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya (1833-1840)*, Lérida, Pagès Edilors, 1999, ISBN: 84-7935-575-1, 410 pp.
- UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioleca Nueva/Instituto de Historia Social Valentín de FOI'Onda/Gizarle Historia Inlstitula, 1998, ISBN: 84-7030-531-X, 478 pp.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón: *Relaciones entre España y Nápoles durante la Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1998, ISBN: 84-87863-69-8, 335 pp.
- VILLANUEVA MARTÍNEZ, Aurora: *El carlismo navarro durante el primer franquismo. 1931-1951*, Madrid, Actas, 1998, ISBN: 84-87863-71-X, 575 pp.